

LA SANTIFICACIÓN

Dos veces aparece esta palabra en la carta a los Romanos y las encontramos en la sección que tiene que ver con nuestra unión con Cristo en su muerte y resurrección. No hay verdadera santificación fuera de esa obra de Dios; el crecimiento, la madurez, el progreso espiritual tiene que ver forzosamente con ello.

Santidad y santificación quiere decir: Vivir para Dios, vivir como El quiere, vivir para servirle, entrar en sus propósitos, en sus planes, caminar con El.

*“Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para **santificación** presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la **santificación**, y como fin, la vida eterna.”*

Romanos 6:17-22

Desde el capítulo seis hasta el ocho Pablo nos muestra El Camino de Dios para la santificación, El lo ha hecho ya, en Cristo nos ha dado una Nueva Vida, el Espíritu Santo, ha terminado también con nuestra vida en Adán; nuestra muerte y resurrección con Cristo tiene el objetivo de librarnos de la esclavitud y servicio al pecado y llevar fruto para Dios.

“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.”

Romanos 6:6

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.” Romanos 7:4

Pablo conoce muy bien al ser humano, sabe lo que es el hombre aunque sea creyente, percibe, tiene un gran discernimiento espiritual sobre la persona y sus conflictos, no se deja engañar por la apariencia, tiene una “profunda sicología espiritual” y ¿Qué más diríamos? El Señor le dio mucho conocimiento que a su vez lo dejó plasmado en sus escritos y nosotros podemos aprovecharnos de ello. ¿Por qué digo esto? Porque en medio de esta sección de la santificación donde nos muestra lo que Dios ha hecho en su Hijo para que esto sea posible, intercala la “intromisión” de la carne, del yo, del viejo hombre, tratando de conseguir por “otro camino” el mismo resultado.

Voy a intentar ser honesto, no nos gusta la idea de “considerarnos muertos” nos gusta más vivir, llevar el protagonismo, ser nosotros mismos. Por eso nos vemos muchas veces tratando de vivir nosotros la vida cristiana, y nos encontramos en esa sección que es como un paréntesis que ocupa del capítulo 7:7 al final.

El resultado de tratar de vivir por nosotros mismos como Dios quiere lleva inevitablemente al fracaso, acabamos sumergiéndonos en tierras movedizas en las cuales nos hundimos más y más cuantos más esfuerzos hacemos por salir. Llegamos a la perplejidad más profunda al comprobar que cuanto más intentamos “hacer el bien” peor nos sale y más mal hacemos. Nos damos cuenta de que no tenemos control en nuestras acciones, que los mejores propósitos no nos llevan a buenos resultados. ¿Has comprobado esto? ¿Te has asustado?

Creo que por aquí pasamos todos, me parece que es una experiencia inevitable para llegar a conocernos a nosotros mismos, necesitamos aprender en “cabeza propia” tanto las cosas naturales como las espirituales. Pero tengamos en cuenta que esta experiencia nos llevará inevitablemente a una de estas tres actitudes:

1ª A la convicción en lo más profundo de nuestro ser de que en nosotros mismos no hay esperanza, es la que describe el apóstol en versículo 24.

“¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”

Y como consecuencia mirar y esperar en Aquel que vivió la verdadera vida cristiana y que ahora vive en nosotros para seguir haciendo lo mismo; versículo 25.

“Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.”

2ª A una vida de hipocresía en la que escondemos nuestro fracaso bajo una apariencia de que “todo va bien” cuando no va bien. Es muy triste cuando en una iglesia hay este ambiente que da lugar a que todos entren en ese juego, nadie se atreve a decir: “¡Yo no estoy bien! ¡Estoy mal” ¿Quién es el valiente que dice: “¡Miserable de mí!” ¿Quién me enseña? ¿Quién me muestra la salida a esta angustia?

3ª Al abandono. Después de vivir en esa “lucha agotadora” donde el fracaso es el resultado repetido hasta la saciedad, el creyente dice: “Esto no es para mí” “La vida cristiana es imposible vivirla” “No quiero ser un hipócrita, así que dejo la iglesia y viviré lo mejor que pueda yo solo”.

Pero hay esperanza de crecimiento, de ir entrando por la fe en lo que Dios ha hecho, de disfrutar “días del Cielo sobre la tierra” en esa comunión con el Cristo resucitado, experimentando su realidad en nosotros, dejando cada vez mas la responsabilidad de nuestras vidas en sus manos. Confiemos en la paciencia de Dios y en la abundancia de su gracia que nos provee ayuda para levantarnos cuando caemos, nos consuela en los momentos amargos y dificultades que enfrentamos, sabiendo que también Dios usa estas cosas como herramientas para hacernos crecer.

Feliciano Briones
Cursos Bíblicos
Apartado 2.459
28080 MADRID

correo-e:
cursosbiblicos2000@yahoo.es